

### Discurso del doctor Luis S. Viramontes

Señor Ministro de Educación Pública:

Señoras y señores:

La Academia Nacional de Medicina se ha dignado conferirme el honor, tanto más alto cuanto más inmerecido por mi parte, de venir a significar en esta solemne ocasión, su sentimiento de gratitud hacia su socio honorario el ilustre Dr. D. Florestán Aguilar, por el homenaje que se ha servido tributarle hoy, al obsequiarle la bella reproducción escultórica del Padre Esculapio, númen tutelar de la Medicina.

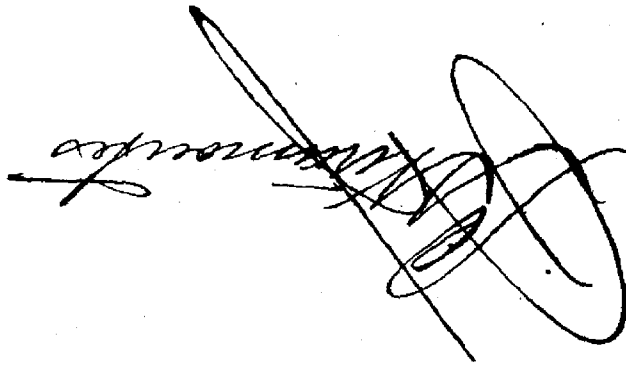
Para vosotros, señores académicos, que habeis sabido estimar en todo su valer la alta personalidad científica y moral de D. Florestán Aguilar, puesto que le habeis otorgado la más alta distinción nombrándole socio honorario, resultaría ocioso bosquejar, siquiera fuese a grandes pinceladas, la robusta personalidad aludida. Permitidme, sin embargo, os lo suplico, en gracia a nuestros distinguidos visitantes que nos honran con su asistencia y algunos con su representación, señalar tan sólo dos aspectos de ella. D. Florestán Aguilar es, hoy por hoy, una de las más enhiestas cumbres de la ciencia médica hispana y no hay corporación médica de relieve que no le cuente en su seno. La Universidad de Pensylvania acaba de nombrarle doctor honoris causa. Ha sido, también, designado Presidente del Congreso Odontológico Internacional que, en fecha próxima habrá de reunirse en Copenhague, en donde habrá de encausar los debates científicos de tan importante Asamblea, en cuatro distintos idiomas.

Durante el invierno de 1922, cuando la locura bolchevique amenazaba ahogar en una ola de sangre al infortunado pueblo ruso, cuando la propiedad era un crimen, el Dr. Aguilar en unión de su nobilísima consorte acudió en socorro de sus desventurados colegas rusos, quienes morían de miseria por haberles sido arrebatados, en nombre del Estado, sus más indispensables implementos de trabajo. Las lágrimas desoladas de su esposa, ante semejante desastre, hiciéronle concebir una noble y bellísima empresa; recorrer el mundo civilizado implorando el óbolo de todos, pero principal-

mente de sus hermanos de profesión, médicos y odontólogos, para obsequiar a cada uno de los desvalidos profesionales rusos un equipo indispensable para el ejercicio de su noble arte. Cuando en ocasión de su visita a nuestra Patria, la Academia de Medicina le recibió en su seno, estaba ya cumplida con éxito completo su alta y nobilísima tarea.

Sr. Dr. D. Tomás G. Perrin: en nombre de la Academia Nacional de Medicina de México, os ruego seais muy servido de manifestar a vuestro ilustre mandante la alta complacencia y los sentimientos de reconocimiento que a Aquella animan en estos solemnes momentos. Decidle, también, que vea en este mensaje un saludo muy cordial para vuestra noble Patria; y que esta bella estatua que representa a nuestro divino ancestro, sea una prenda más que estreche los vínculos que tan hondamente nos ligan con nuestra querida y antigua Metrópoli; para Ella, nuestro beso filial en la frente de la Augusta Matrona.

He dicho.



México, 1º de octubre de 1927.